

NACIDA en Maguncia en 1900, Anna Seghers —nombre literario de Netty Reiling— inició su actividad literaria en 1928 con "La rebelión de los pescadores de Santa Bárbara". Miembro de la Asociación de Escritores Revolucionarios, participó en el Congreso de Charkov y después en los congresos de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrados en París (1935), Valencia (1937) y París (1938). Exiliada desde 1933 en Francia, huye a Méjico al comienzo de la guerra. En 1947 vuelve a Alemania, al sector que se convertiría después en la RDA. Entre sus novelas destacan "La séptima Cruz" (1942), "Tránsito" (1943), "Los muertos permanecen jóvenes" (1949), "La decisión" (1959), "La confianza" (1968). Entre sus más de seis libros de relatos destaca "El verdadero azul" (1967). Para el teatro escribió "El proceso de Juana de Arco en Rouen, 1431", del que Brecht hizo una adaptación que representó el Berliner Ensemble, en 1952. Es miembro de la Academia de Arte de la RDA y presidente de la Asociación de Escritores.

La reciente publicación en España de la más conocida y difundida de sus obras "La séptima Cruz" (Akal 1977), ha representado la posibilidad de aproximación a una novela que es ya un clásico de la literatura antifascista.

Recuerdo de España

Anna Seghers es ahora una viejecita arrugada, cordial, amable, de caminar renqueante, de enfermedades largas y una mirada viva, penetrante, inquieta. Inquietud que tienen sus gestos, sus palabras y su casi permanente sonrisa. Hablar con ella no fue fácil por la convalecencia que arrastraba. Después hubo que llegar a su casa en el Sudoeste de Berlín, en una calle tranquila con rimeros de tilos y una luz filtrada por el techo de nubes. Anna Seghers estaba allí esperando, con los restos de su español aprendido en el exilio mejicano y un francés excelente, conservado por sus permanentes intercambios parisinos. Con la cordialidad de ascendencia renana y el obsequioso ritual de recibir a un español después de tantos años y seguir siendo aquella España de la guerra civil un recuerdo vivo.

—Cuando me exilé de la Alemania nazi marché a París. Allí tuvimos nuestro congreso para la defensa de la cultura. El segundo se celebró en España y allí nos fuimos en mil novecientos treinta y siete.

—¿Qué recuerdo tiene de Valencia?

RECUERDOS Y PRESENTE DE ANNA SEGHERS



JUAN ANTONIO HORMIGON

—Realmente, aquello queda muy lejos. Había muchos intelectuales y escritores españoles y de otros países. Mucha actividad. Conoci a Machado, un hombre muy bueno que escribió sobre el asesinato de Lorca. Leí sus poemas, que me parecen excelentes. ¡Un gran poeta! También recuerdo a un escritor católico, Bergamín, que presidía el congreso.

Respira, pestañea. El salón, tapizado de estanterías con libros, se contrae. Sin abandonar la sonrisa, Anna Seghers sigue rememorando.

—Pero lo que más me conmovió fue la visita a Madrid. Allí comprobamos el valor del pueblo español. Eso es algo inolvidable. Viendo aquel entusiasmo y aquella voluntad tan firme, nosotros creímos, estábamos seguros, que la República iba a ganar la guerra. Fuimos demasiado optimistas, pero seguramente era un optimismo necesario.

—¿Para los escritores exiliados?

—Sí, desde luego, para los que habíamos huido de las persecuciones nazis. Pero fue también un sentimiento compartido por todos los que veían el peligro fascista. Incluso la guerra de España produjo cambios importantes en muchas conciencias. Le contaré algo: En Valencia conocí a un periodista belga, ya no recuerdo su nombre, con el que mantuve largas conversaciones, porque era un caso muy revelador. Era católico, y fue a España como corresponsal de un periódico reaccionario de su país a la zona franquista. Después de la toma de Badajoz visitó la ciudad, cuya población sabía que era mayoritariamente republicana. Le extrañó la tranquilidad y calma de la gente, preguntó a unos y otros y sólo obtuvo una respuesta: "Estamos tranquilos porque sabemos que vamos a morir". Después supo los fusilamientos masivos en la plaza de toros y lo escribió todo en su periódico. Fue expulsado inmediatamente, pero volvió, esta vez a la zona leal a la República. Aquello supuso un cambio completo en su forma de comprender las cosas. Años más tarde supe que luchó en la resistencia y murió en un campo de con-

centración nazi. Historias así se daban en aquel tiempo.

Gestación de una novela

Volvamos a su edición reciente de "La séptima Cruz" en España. Se interesa por saber quién la ha traducido.

—Había una traducción castellana de mi amigo Wenceslao Roces, publicada en Méjico. ¿No es esa, verdad? ¿Podría usted enviarme un ejemplar?

Le digo que desde luego y le pregunto por la gestación de su novela.

—En la emigración llegaron hasta mi relatos escritos o testimonios de compañeros que habían pasado por los primeros campos de concentración nazis. Antes de la guerra estuvieron destinados fundamentalmente a los luchadores antifascistas, comunistas y socialistas en mayor número. De este modo conocí la historia de un campo en que se ató a un evadido a una cruz. El argumento tiene su origen en este hecho real y yo lo transformé y amplí al escribir el libro.

—¿Cuándo comenzó a trabajar en la novela?

—Curiosamente, "La séptima Cruz" tiene su origen en aquellos días de la guerra de España. Yo tenía la intención de escribir una obra sobre la situación de mi país, y para ello recogía materiales como el que acabo de decirle. Cierto día hicimos un grupo de escritores un viaje en tren y en mi departamento venía el periodista belga de que antes le hablé. La conversación recayó sobre temas litúrgicos y él me dijo que la estructura de la "I promessi sposi" ("Los novios") de ese escritor católico italiano del siglo diecinueve, Manzoni, era muy interesante. ¿Lo conoce usted?

—Sí, claro, Gramsci, en su "Literatura-Vita Nazionale", señaló sus aspectos reaccionarios (llega a definirlo como "antinacional-popular", "jamás ha sido popular", "su cristianismo oscila entre un aristocratismo jansista y un pater-

nalismo populachero, jesuítico", etcétera).

—Bueno, no es lo que me interesaba, sino la estructura. Leí la novela que yo no conocía, y me pareció adecuada para lo que deseaba hacer. La estructura de la obra de Manzoni sirvió para "La séptima Cruz", y todo eso surgió en la España de mil novecientos treinta y siete. Cuando apareció, la guerra había comenzado ya y yo estaba en Méjico.

La esperanza duradera

El coñac francés se acaba en los vasos. Hablamos todavía de su novela y yo le señalo su capacidad para mostrar el miedo colectivo, pero también el espíritu de resistencia de un pueblo sometido a un régimen terrorista. Algo que nosotros conocimos durante el franquismo o conocen ahora en el Cono Sur latinoamericano.

—Lamentablemente, allí no creo que ahora la puedan leer —dice y añade—: el problema del realismo es algo muy complejo y amplio.

Eso me hace recordar su famosa polémica con Lukacs, al final de los años treinta, en la que debatieron sobre función y forma de la obra literaria. Fue un momento de controversias enriquecedoras en que el teórico marxista fue centro de un debate en que también intervinieron Brecht, el músico Eisler y otros.

—¿Qué piensa de la adaptación que Brecht hizo de su "Proceso de Juana de Arco en Rouen"?

—Yo creo que mi obra sola es mejor. No, no se ría. Brecht era muy amigo mío, no es un problema personal. Pero creo que mi obra recoge el proceso como tal y es más clara.

—¿Qué piensa de la actual situación española?

—Desde aquí es difícil opinar, no tengo todos los datos. De todos modos, veo muy esperanzadamente la marcha del pueblo español hacia la democracia. Lo único que me da miedo es una posible marcha atrás, eso es siempre una tragedia.